

del Lateranense IV y fueron recibidos tácticamente, sin que se relacionaran con su origen. Giovanni Tangorra, Profesor Ordinario de la misma universidad, se centra en la eclesiología del Lateranense IV para compararla con la enseñanza del Concilio Vaticano II. La aportación más extensa en este apartado es del Profesor Santiago del Cura Elena, de la Facultad de Teología de Burgos, que estudia la relación entre sacerdocio ministerial y Eucaristía en el Lateranense IV, mostrando el criterio orientador que aporta –a distancia de siglos– para los desaffos y discusiones actuales en este tema. La última parte del volumen recoge, siempre en una lectura teológica, soluciones prácticas de diversa índole, emanadas

del mismo concilio: la legislación con respecto a las iglesias orientales, disposiciones litúrgicas y la disciplina de los sacramentos, la predicación, la formación del clero, las Ordenes Mendicantes, herejía y represión, y finalmente las relaciones con los judíos. La última contribución del volumen corre a cargo del Profesor Lubomir Žak (Universidad Lateranense) y consiste en un balance de todos los trabajos, su utilidad actual y posible proyección futura.

En definitiva, la obra constituye una aportación valiosa y útil tanto para las distintas disciplinas teológicas como para el Derecho Canónico y la medievalística.

Elisabeth REINHARDT
Universidad de Navarra

Mark J. CLARK

The Making of the «Historia scholastica», 1150-1200

Pontifical Institute of Mediaeval Studies («Studies and Texts», 198), Toronto 2015, 322 pp.

El siglo XII es de particular importancia para la trayectoria de la teología como ciencia. Aunque ésta se constituye propiamente como tal en el siglo XIII con el desarrollo de las universidades, debe mucho a los grandes maestros del siglo XII, como por ejemplo Hugo de San Víctor, Abelardo y Pedro Lombardo, cuyas obras han sido objeto de investigaciones y ediciones críticas. Junto a ellos había otros, muy conocidos en su tiempo, pero no en el nuestro, que tuvieron una influencia importante en la enseñanza y el desarrollo de la teología. Uno de ellos fue Pedro Comestor (en realidad Pedro de Troyes, pero quizá por su gran erudición era conocido como «devorador de libros», y llamado por ello *Comestor* o también *Manducator*). Enseñó en la escuela catedralicia de París en las

décadas 1160 y 1170. Su aportación principal a la enseñanza de la teología fue la *Historia Scholastica*, a modo de libro de texto sobre la exégesis histórica de la Biblia, que le valió después el sobrenombre de *Magister Historiarum*. Como observa Chenu, Pedro Comestor se dedicó a buscar la *veritas historiae* como fuente de la teología, y sin restar mérito a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, no hay que separar al *Magister Sententiarum* del *Magister Historiarum* que fue discípulo suyo (*La théologie au douzième siècle*, p. 69; 259). El caso es que no está hecha aún la edición crítica de la *Historia Scholastica*, que requiere previamente la historia del texto, que por su trayectoria irregular es bastante compleja. Esta tarea previa la ha acometido Mark J. Clark en el presente libro por sugerencia de su maes-

tro, el profesor emérito Stephen Brown, a quien dedica su investigación; el autor es *Associate Professor* de Historia de la Iglesia y Teología sistemática en la Catholic University of America, Washington, DC.

El libro está estructurado en siete capítulos, más las conclusiones. El primer capítulo presenta el *status quaestionis* de la investigación sobre la *Historia Scholastica* y el contexto histórico de Pedro Comestor. Los tres capítulos siguientes versan sobre el modo de enseñanza de Pedro Comestor, basada en las Glosas bíblicas existentes, pero aportando progresivamente las bases históricas (también extra-bíblicas), hasta lograr un libro de texto que fue la *Historia Scholastica*. Los siguientes tres capítulos versan sobre la relación entre Pedro Comestor y su discípulo Esteban Langton, su colaboración académica en París donde enmendaron de mutuo acuerdo la *Historia Scholastica*, y las clases de Langton con el mismo libro de texto, incluyendo aportaciones personales tras la muerte del maestro. El autor ha podido establecer una cronología de esta colaboración entre los años 1160-1180, aproximadamente (pp. 170-171). La evolución del libro en cuanto al contenido se puede comprobar en los Apéndices de textos de ambos maestros pp. 260-303.

Tras esta investigación, el autor llega, en el capítulo octavo, a una serie de conclusiones. La más importante es la que aporta las bases y el marco para una «edición Langton» o «edición universitaria» de la *Historia Scholastica*, para reproducir lo más fielmente posible el texto que usaban Langton y otros *magistri* en París en los años 1160 a 1190. El éxito como libro de texto se debe, en opinión de Clark, a que ofrecía tanto el texto bíblico como las tra-

dicionales glosas literales en una narrativa histórica unificada, a modo de unidades didácticas, observando la coherencia narrativa de los eventos salvíficos de ambos Testamentos. Se mostró ser un manual sólido y flexible a la vez, apto tanto para universidades como para otros centros de enseñanza. El autor concluye, además, que la historia del texto de la *Historia Scholastica* aporta la conexión con el programa pedagógico de Hugo de San Víctor –la lectura literal-histórica de la Sagrada Escritura– y la aplicación de las Artes Liberales al texto. Como Hugo fue quien enseñó a Pedro Lombardo, éste a Pedro Comestor, y Langton fue discípulo de este último, el programa de Hugo llegó –ampliado y enriquecido– a las universidades. Finalmente, en opinión del autor, este trabajo permite revisar el «mapa teológico» de la segunda mitad del siglo XII y da luz sobre la emergencia de la *Historia Scholastica* en las últimas décadas del siglo XII como uno de los tres grandes libros de texto junto a las *Sentencias* de Pedro Lombardo y el *Decreto* de Graciano; de este modo se puede llenar una laguna en los conocimientos sobre la teología en el siglo XII y explicar también la fama de la *Historia Scholastica*, a la que Henri de Lubac atribuye «un éxito prodigioso que no había de declinar hasta el siglo XVI» (cit. en p. 6, nota 27).

La investigación está llevada a cabo con exactitud metodológica y constituye una aportación importante a la historia de la teología en el siglo XII, así como la base para una eventual edición crítica. Al final se encuentra la bibliografía (manuscritos, fuentes primarias y secundarias), y el índice de fuentes bíblicas y de nombres.

Elisabeth REINHARDT
Universidad de Navarra